

Es un honor para mí, estar entre ustedes, delante de tantas autoridades y personalidades.

Aunque vivo con el dolor de haber perdido a mi hijo por la mano violenta de un asesino, estoy feliz hoy porque William Alfredo recibe este importante premio, signo de la estima y del apoyo que me da consuelo y fuerza.

Mi familia es humilde y pobre, pero William Alfredo en su vida -que fue demasiado breve- ha vivido grandes sueños.

Mientras en nuestro barrio de Apopa vencía la ley de la violencia, William ha logrado cambiar la vida de muchos. Me dí cuenta de la importancia de su vida, el día de su funeral. En un gran gimnasio se reunieron miles de jóvenes y niños que lloraban su muerte. "No debían matarlo, porque era bueno" me dijo un niño de pocos años.

William, desde pequeño era generoso, y ayudaba a quien encontraba. Más grande, entró en la comunidad de San Egidio y creció su deseo de cambiar los corazones con las palabras, con el afecto y la simpatía. Cuando trabajaba en la Alcaldía daba charlas a los jóvenes para hacerles entender lo inútil de la violencia y sobre todo en la Escuela de la Paz ayudó a muchos niños a crecer de manera distinta.

Aquella noche del 28 de septiembre escuché un disparo y no pensé que fuera para mi hijo, porque él no tenía nada que ver con las maras; después sentí su voz que pedía auxilio. Salí corriendo y murió entre mis brazos.

Lo han matado por envidia, porque era amigo de todos, lo conocían todos y todos le amaban, creo que su forma de ser molestaba a los que querían que Apopa se quedara solo con un silencio de muerte. Por esto les agradezco, porque hoy recibiendo la "Colomba de Oro", William habla todavía, y vive.